

Serie cronológica de los Obispos de Quito, desde su erección en Obispado y algunos sucesos notables sucedidos en esta ciudad.

Año de 1845 y siguientes.

(Continuación).

Vigésimo cuarto Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. José Cuero y Caicedo, natural de la ciudad de Cali en la Diócesis de Popayán; Doctor en Sagrada Teología, y en ambos derechos, Abogado de la Real Audiencia de Quito: fué colegial en el Seminario de Popayán y en el de San Luis de Quito, del que fué Vicerrector, Catedrático de Sagrados Cánones en su Universidad, Provisor y Vicario general, Examinador Sinodal, Comisario del Santo Oficio, Medio Racionero, y Racionero: hizo oposición á las Canonjías Doctoral y Penitenciaria, la que le confirió S. M. por Real Cédula en que se hace referencia su gran mérito. Fué Rector de la Universidad del Angélico Doctor Santo Tomás. Pasó á Popayán con la dignidad de Tesorero, y ascendió á Maestrescuela y á Deán. De aquel coro fué promovido á Obispo de Cuenca, é inmediatamente trasladado al Obispado de Quito, del que se posesionó el 12 de setiembre de 1802. Gobernó 13 años de un modo admirable, por su virtud, caridad y acierto. Murió el 15 de diciembre de 1815 en Lima, como se dirá después en la referencia de los acontecimientos de su tiempo.

En 1803 hubo una sublevación de indios en la parroquia de Guamote de la jurisdicción de Riobamba, so pretexto de un nuevo impuesto. Cometieron varios atentados con los blancos que no pudieron huír oportunamente. El Sr. Varón Carón de Let. Presidente entonces de Quito, mandó tropas para someterlos y castigarlos: éstas, unidas á la gente que se colectó en Latacunga, Ambato y Riobamba, formaron un cuerpo considerable con el que dispersó á los indios, que fugaron por los montes y pára-

mos: ahorcaron á los cabecillas en el número de más de ochenta, y á tres indias que habían sido las autoras de aquel motín. (3)

En 1808 se supo en Quito que Napoleón Bonaparte, bajo una solapada y engañosa amistad había empezado á introducir tropas francesas en los reinos de España, á cuya dominación estaban sometidas las Américas, y que el Rey Carlos 4º estaba poseído de amargura y sin la energía correspondiente para oponerse á la ocupación de sus dominios por tropas extranjeras. En el mismo año se supo también que conociendo Carlos 4º el disgusto que la Nación tenía por su flojedad ó condescendencia, se había visto en la necesidad de renunciar la Corona en su hijo primogénito Fernando 7º quien se había coronado en 19 de marzo de 1808, cuando estaba ya la mayor parte de España y aún Madrid, en que hacen los Reyes su residencia, ocupada por los franceses. Como en España se suscitaron disputas acerca de la renuncia de Carlos 4º, Fernando 7º se apresuró á hacerse reconocer Rey de España, y con este objeto despachó, por todos sus dominios, comisionados para que hicieran jurar la obediencia. A Quito vino con ese objeto un Sr. llamado Bulman, y se hizo la jura con mucha suntuosidad á fines de 808 por el Alférez Real que lo fué D. Juan Donosso (hermano del autor de estas memorias).

En este mismo año de 808, por el mes de diciembre, algunos ilustrados quiteños temiendo que las Américas hubieran también de participar de los desastres que se preparaban á la España, y llevados del santo deseo de independizarlas de la Península, cuya dominación era ya insoportable, tanto por la excesiva extracción que se hacía de sus riquezas, como por la injusta exclusión á los destinos, que por tantos años habían sufrido los americanos, empezaron á meditar ó proyectar una revolución que las encaminase á este objeto. Para tratar reservadamente un asunto de tanta importancia, se reunían en la hacienda de Chillo de D. Juan Pio Montufar, Marqués de Selvaegre; pero, á pesar de las mejores medidas de precaución, no dejó de traslucirse el proyecto, pues fué denunciado por un Religioso de la Merced, á D. Francisco Javier Manzanos, Asesor general de la Presidencia, quien lo comunicó inmediatamente al Presidente y Oidores de la Real Audiencia. Reservadamente se formó un proceso,

y el 9 de marzo de 809 se decretó arresto contra los Sres. Marqués de Selvaegre, Dr. Juan de Dios Morales, D. Juan Salinas, D. Nicolás Peña, y el Dr. D. Manuel Quiroga, designados en la información como corifeos de la proyectada revolución. Como se encargó de la causa al horrible Manzanos, los presos se valieron del arbitrio de recusarlo, y se pasó la causa al conocimiento del Oidor Fuertes, ante quien pudieron los presos manifestar inocencia y obtener su libertad, lo que fué un verdadero triunfo para el pueblo; pues estos Sres. tuvieron así lugar de continuar trabajando para llevar al cabo su comenzado proyecto, que fué ayudado por la cooperación de muchas personas que en esta ciudad conocían ya sus derechos y ansiaban por la emancipación política de su patria, mediante el ejemplo que habían recibido de Norte América y de la Francia.

Sobre todo, lo que más influyó, fué la noticia que oportunamente llegó de España, que Fernando 7º había ido á Bayona, llamado por Napoleón, de quien creía recibir una decidida protección para asegurar su reinado en virtud de sus ofrecimientos, y de que Fernando 7º había propuesto casarse con una Señora de la familia de Napoleón, cosa que había solicitado Fernando 7º porque ya en toda la España se cuestionaba la nulidad de la renuncia de Carlos 4º. Que este débil Monarca arrepentido de haberse desprendido del poder, y no pudiendo sobrellevar las reconvenções de sus allegados, particularmente de su favorito el Príncipe de la Paz, reducido á prisión de orden de Fernando 7º había solicitado también la protección de Bonaparte para su restitución al trono. Que con este motivo se había dirigido también á Bayona junto con la Reina y una comitiva considerable. Se supo, en fin, que reunidos en Bayona, Bonaparte de acuerdo con Carlos 4º influyó poderosamente en que Fernando 7º abdicase la Corona en su padre, lo que se había verificado el 5 de mayo. Que la debilidad de Carlos 4º llegó al extremo de ceder en el acto la Corona en Bonaparte, que éste ya con el carácter de Rey de España, adquirido por tan extraño medio, había exigido imperiosamente que Fernando 7º no sólo le reconociese Rey de la Monarquía Española, sino también que él, como Príncipe de Asturias y los demás Infantes renunciaran sus derechos á la Corona; que verificado esto el 10 de dicho mes, al día si-

guiente había hecho internar á Francia toda la familia Real de España, en calidad de prisioneros, y que inmediatamente había nombrado para Rey de España á su hermano José Bonaparte, á quien reconocieron los españoles el 25 de julio del mismo año. Todo esto, aunque de distinto modo y con diversas circunstancias, se decía en Quito para que influyera en la revolución; pero no se puede concebir como en tan cortos días llegaron estas noticias desde España: lo que se puede colegir es, que los corifeos de la sublevación tuvieron antecedentes sobre aquellos acontecimientos, ó que los figuraron para atraerse partidarios, y que la casualidad hizo salir ciertas aquellas noticias. Lo cierto es que éllas sirvieron para seducir y animar á la mayor parte de los que se comprometieron en la revolución; pues muchos creyeron que iban á hacer un servicio al Rey Fernando.

Me ha sido preciso el referir toda esta historia, que parece inconexa, por el influjo que tuvo en nuestra revolución y por la relación que tiene con los acontecimientos de Quito.

El 9 de agosto de 809 por la noche, las personas más notables del país se reunieron en casa de una Señora Canizares, en donde habían tenido sus juntas preliminares, y bajo la dirección de los Sres. Juan Pio Montufar, su hermano Pedro, Dr. Morales, Dr. Quiroga, Capitán Salinas, Checa, Matheu, Ascásubi, Zambrano, Dr. Ante, Dr. Arenas, Presbítero Riofrío, Presbítero Correa, Velíz y otros, resolvieron dar aquella noche el más glorioso ejemplo de civismo, de patriotismo, de ilustración y de amor á la libertad. Honraron á su país poniéndolo á la vanguardia en el pronunciamiento de la independendencia americana. Quito tiene este galardón y heróica divisa que nadie podrá quitársela. Quito fué el primero que invocó la libertad, y talvez á él se debe la adelantada independendencia de los americanos: recordará siempre con orgullo que fué el primero que dió mártires de la Libertad. Comisionaron á Salinas, que era el Jefe de la guarnición para que la sedujera, quien acompañado de varias personas de respeto, pasó á los cuarteles, peroró á la tropa, les hizo ver la necesidad que había de hacer un cambio político para separar la América de la dependendencia de España, en circunstancias de hallarse dominada por Bonaparte, quien tenía preso al Rey. En suma, por entonces

fué conveniente persuadir que se hacía un servicio al Rey en la situación en que se encontraba la España. Los oficiales, que estaban ya de acuerdo con Salinas, coadyuvaron á persuadir á la tropa, y á las doce de la noche se dió en los cuarteles de Quito el primer grito de libertad: verificada la revolución, y dada la señal convenida, concurren al cuartel los demás que, llenos de inquietud, esperaban el resultado, donde hallaron la tropa sobre las armas y dispuesta á obedecer á los autores de la revolución. En su consecuencia á la misma hora fué decretada y obedecida la prisión del Presidente Conde Ruiz de Castilla, del Regente de la Real Audiencia, del Asesor general, y de las demás autoridades. Se erigió una junta con el dictado de soberana, compuesta de los sugetos principales, y de algunos abogados y eclesiásticos, poniendo á su cabeza al Marqués de Selvaegre nombrado Presidente, y á Salinas Comandante General de las armas. Al romper el día del diez, se anunció al público con cañonazos y repiques de campanas el acontecimiento que había tenido lugar aquella noche. No es fácil explicar la variedad de sentimientos con que todos salieron á saber tan grande novedad. En los semblantes de los quiteños que no estaban en el secreto, se veía á la vez el placer y el temor, la alegría y el asombro: á todos se procuraba dar á entender por medio de comisionados distribuídos al intento, que la revolución no tenía más objeto que conservar estos dominios al legítimo Monarca, salvándolos de los europeos que querían entregarlos á los franceses, para lo que era preciso negar la obediencia á la Junta de Sevilla que había asumido la autoridad del Rey durante su cautiverio. Todo esto se decía sólo porque convenía alucinar así á un pueblo envejecido en la obediencia al Rey, y que por su ignorancia creía que era un sacrilegio atentar contra su autoridad. El pueblo manifestó mucho contento por el influjo que sobre ellos ejercían las novaciones; pero algunas personas fanáticas, que creían que la autoridad del Rey emanara directamente de Dios, se convirtieron en enemigos de los insurgentes (que así los llamaban) y dieron avisos á las autoridades de Pasto, Cuenca y Guayaquil, quienes se pusieron á prevención para oponerse á cualquiera invitación de los quiteños; así es que, cuando llegaron los comisionados de Quito, ya fué tarde particularmente en Guayaquil, cuyo Gobernador D. Bar-

tolomé Cucalón puso en prisión á los que creyó adictos, y en precipitada fuga á los sospechosos, entre ellos al Coronel Vejarano que estaba comprometido para hacer secundar el grito de libertad en aquella ciudad. Entre tanto la Junta Gubernativa de Quito empezó á tomar medios de seguridad por una parte, y á trabajar para que las otras provincias imitaran á Quito. Con este objeto formaron tres batallones con el nombre de Falange de Fernando 7º, como aliciente ó cebo para atraer la plebe y comprometer la noble juventud. Mandaron fabricar muchos miles de lanzas que suplieron la falta de fusiles: confirió el tratamiento de Señoría á los individuos del Cabillo Eclesiástico, de Excelencia al Ayuntamiento. Decretó la extinción del estanco de tabaco, la supresión del cabezón y derecho de alcabala, disminuyó el precio de papel sellado, y ofreció mil ventajas al pueblo.

El 16 se reunieron todas las autoridades creadas por la Junta para ser reconocidas por el pueblo, que debía jurar fidelidad al nuevo gobierno. Todo esto se verificó con asistencia del Ilmo. Sr. Obispo y de las personas más notables del país, con mucha suntuosidad, y con un gozo inexplicable. Se pronunciaron alocuciones aparentes, y en aquel mismo día, con augustas ceremonias, se instaló un Senado compuesto de las personas más condecoradas. Se mandó á las provincias circunvecinas embajadores para hacerles ver las ventajas de la independencia de la América: á Cuenca fueron los Sres. Pedro Calisto, y Dr. Salvador Murguitio; para Guayaquil el Marqués de Villarellana y Dr. José Salvador, y para Popayán D. Manuel Zambrano. Los resultados de estas embajadas fueron muy contrarios á la nueva causa, porque encontraron á todas las provincias decididas á oponerse á la revolución, lo que produjo una división absoluta entre insurgentes y realistas, quienes instaban á las autoridades disidentes para que vinieran con tropas á restablecer la dominación española, tan odiosa para los que tenían ideas de los derechos del hombre.

No encontrando los primogénitos de la independencia apoyo en las demás provincias, y temiendo justamente que aquellas autoridades tomarían medidas hostiles para someterlos, resolvieron sostener su pronunciamiento con las armas, y para esto organizaron un cuerpo de más de tres mil hombres de todas armas, y con esta fuerza

procuraron subyugar primero la ciudad de Pasto que había manifestado más oposición; pusieron á la cabeza de ella al Sr. Pedro Montúfar, quien consiguió el objeto á pesar de la tenaz resistencia de los pastusos; pero nada se adelantó de este triunfo, porque sabiendo la Junta que venían tropas de Lima, Guayaquil y Cuenca bajo las órdenes del Coronel Arredondo, mandó que las tropas que ocupaban la ciudad de Pasto se retiraran á Quito, en cuya contramarcha se dispersó la mayor parte de aquel ejército.

Conociendo, pues, la Junta la dificultad de sostenerse contra todas las provincias limítrofes, que se habían declarado en contra, eligió el peor partido que en tales circunstancias podía adoptar para salvar á los autores de la revolución, y fué el de reponer en el mando al Presidente Conde Ruiz de Castilla, y demás autoridades, haciéndoles primero jurar que no procederían contra ninguno de los comprometidos en la revolución. El Presidente no sólo juró que no habría novedad alguna contra aquellas personas, sino que aún informaría á la Corte en favor de ellas, con lo que muy confiados se dispusieron á recibir en paz las tropas que sucesivamente fueron llegando de Lima, Cuenca, Guayaquil y Santafé. El perjuro Presidente, luego que se vió con una fuerza respetable, que acabó de llegar en diciembre de 809, sorprendentemente mandó prender á todos los comprometidos y fueron conducidos al cuartel los Sres. Pedro Montúfar, Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Ascásubi, Aguilera, Larrea, Veliz, Villalobos, Olea, Cajías, Melo, Vinueza, Peña, Presbítero Riofrío, Presbítero Correa, y otros á quienes les remacharon pesados grillos que había mandado construir con anticipación. Los demás escaparon á favor de la fuga, ó por no haber estado en la ciudad aquella noche, pero fueron tenazmente perseguidos, particularmente por los Sres. Pedro y Nicolás Calisto, Francisco y Antonio Aguirre, Andrés Salvador, Pedro y José Antonio Cavallos, Núñez, Tordecillas y otras personas que se decidieron en favor del Rey. Como estos Sres. eran del país y lo conocían todo, era difícil dejar de caer en sus manos, á que se agregó un bando que se publicó, imponiendo pena de muerte á la persona que prestase alojamiento ó protección á un insurgente. Como los presos y perseguidos eran las personas más relacionadas en el país, se puso és-

te en la mayor consternación esperando la resolución del Virrey de Santafé, á quien se había dado cuenta; y como justamente se temía que sería desfavorable, los perseguidos y adictos tanto á la independencía como á las personas de los presos, proyectaron salvarlos tomándose el cuartel por asalto; y el dos de agosto de 810 á las dos de la tarde acometieron al cuartel ocho personas escogidas, dejando prevenida mucha gente oculta, que poco á poco, y sin ser notada se había reunido en las inmediaciones, particularmente en la Iglesia Mayor, con el objeto de acudir inmediatamente que fuese vencida la guardia de la puerta. La señal era el toque de arrebató en las campanas de la misma iglesia, á cuyo sonido los ocho primeros, que fueron un Pazmiño y su hermano, Godoy, Albán, Landaburo, Mideros, Mosquera y un Morales, que estaba preso en el mismo cuartel, cumplieron fiel y valerosamente con su comisión; pues forzaron ó vencieron la guardia principal á puñaladas, y entraron hasta el interior del cuartel, en donde mataron muchos y entre ellos al Capitán Galup de las confianzas del Presidente, quedando así el cuartel á su disposición; mas la gente prevenida para acudir oportunamente al asalto, acobardada se quedó encerrada en la iglesia, y los demás huyeron, dejando comprometidos á estos ocho individuos de eterna recordación, por su valor extraordinario, quienes viéndose solos, y que las tropas de Santafé que ocupaban el cuartel inmediato empezaron á romper una puerta interior para auxiliar á los del principal, tuvieron que desamparar el cuartel tomado, y al salir fueron acometidos por los mismos vencidos, quienes pudieron matar sólo á Mideros y á Godoy, y en seguida á todos los presos que fueron pasados á cuchillo sin excepción. Entre tanto otros denodados valientes, Pereira, Silba y Rodríguez, bajo la dirección de Jerez, por combinación, asaltaron al mismo tiempo un piquete que guardaba el Presidio urbano, distante tres cuadras del cuartel: triunfantes, se apoderaron de aquellas armas, y pasaron á auxiliar á sus compañeros, pero llegaron ya tarde porque habían salido ya del cuartel, y la tropa había ocupado la puerta principal, y salían ya partidas por las calles saqueando y matando á cuantos encontraban. Por fortuna se dirigieron con preferencia á la casa de un caballero Cifuentes, que tenía fama de rico, de la que sacaron más de quinientos mil pesos en dinero y muchas alhajas de

valor, con cuyo hallazgo se contentaron los soldados, y se retiraron al cuartel á distribuírse de la presa; de modo que puede decirse, que el caudal de este Sr. rescató ó redimió el resto de la población. De todos los presos en el cuartel escaparon sólo tres personas de un modo singular. D. Pedro Montúfar que consiguió por grandes empeños que le permitieran bajo fianza salir tres días antes á curarse en su casa; un joven Castillo, que herido pudo manifestar estar ya muerto y fué conducido en andas junto con los demás muertos; y D. Nicolás Veliz, que días antes se fingió loco con tanta propiedad que pudo engañar la vigilancia de sus guardias y conseguir que lo dejaran en libertad. Si se pudiese referir tanta cosa como este Sr. hizo para manifestar su privación, se comprendería un volúmen divertidísimo. En el cuartel mataron á los Sres. Morales, Quiroga, Salinas. Ascásubi, Arenas, Peña, Larrea, Aguilera, Olea, Villalobos, Cajías, Melo, Vinueza, Tobar, Presbítero Riofrío y otras personas cuyos nombres recordaremos siempre con ternura y estimación, como que fueron los primeros que derramaron su sangre por la libertad que disfrutaban los americanos. Volviendo á los que murieron en aquel día, á más de los que mataron por las calles, la mera guardia que fué al Presidio, encontró en él cinco presos que eran soldados de los de Salinas, que por manifestar honradez, no quisieron fugarse aprovechando de la ocasión, los que bárbaramente fueron pasados á cuchillo. La ciudad toda se cubrió de luto, llanto y amargura; nadie se atrevía á asomar ni aún á los balcones porque era muerto en el acto, hasta el otro día en que el Ilmo. Sr. Obispo y los Sacerdotes de más respetabilidad, con Cristos en las manos pasaron á implorar del perjuró Presidente la cesación de los excesos que se cometían con un pueblo indefenso. El Presidente, lleno de placer por un acontecimiento tan de su agrado, cedió á las insinuaciones del Obispo, y dió orden para que cesaran las hostilidades; pero no cesó la pesquiza y persecución contra los que suponía complicados en el asalto, á pesar de que no pudo adquirir noticias exactas, porque la opinión se había generalizado de tal modo que habían muy pocas personas adictas al Rey, y todo el pueblo se interesaba en la ocultación de los perseguidos.

Se decía, en aquel tiempo, y se dice por algunos escritores sin criterio, que la incertidumbre ó temor que in-

fundió la paralización del castigo á los complicados en la revolución, por haber abocado el conocimiento de la causa el Virrey de Santafé, y la noticia de la venida de D. Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selvalegre en clase de comisionado Regio, había hecho salir dos partidos opuestos entre los revolucionarios; el uno dirigido por los Montúfares, y el otro por Salinas, Quiroga y Morales, quienes pusieron en movimiento todos los resortes para principiar el rompimiento antes que llegase el joven Montúfar, con cuyo padre estaban muy resentidos, por atribuir á su torpeza y cobardía el triunfo conseguido por las tropas de Lima, cuando restablecieron en la Presidencia al Conde Ruiz de Castilla, así como porque no podían convenirse en que los Montúfares recojieran el fruto de sus esfuerzos, no habiendo tenido parte en sus padecimientos y peligros, había producido el mal combinado asalto al cuartel, cuyos funestos resultados he referido. Yo creo que esta imputación es falsa, porque no es posible persuadir que estos Sres. hubiesen querido exponer su propia existencia estando presos en los calabozos del cuartel que iban á atacar, por resentimientos personales ó temores infundados: la verdad es que un heróico patriotismo les hizo despreciar su propia vida é intentar el asalto, del que pensaron sacar ventajas en favor de la causa, si conseguían el triunfo que se malogró por la cobardía de los que no auxiliaron oportunamente á los primeros que se tomaron el cuartel.

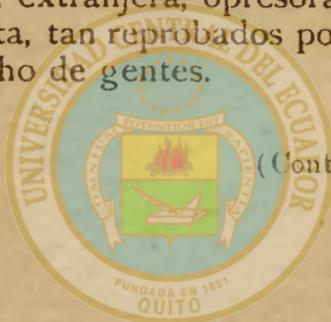
Aquietado el pueblo aparentemente, el Presidente celebró una junta general en la que se acordó publicar un indulto sin restricción alguna, persuadido de que no existiendo ya los principales corifeos de la revolución, las clases recibirían con alborozo esta medida, y, para inspirar confianza en la plebe, dispuso que las tropas de Lima se retiraran para Guayaquil dejando solamente de guarnición las que habían venido de Santafé. La salida de dichas tropas, y la llegada de D. Carlos Montúfar el 9 de setiembre, reanimó á los quiteños porque este Sr. con la autoridad de Comisionado Regio mandó retirar también las tropas de Santafé, levantó nuevos cuerpos de gente del país, é instaló el 20 del mismo mes y año, una junta parecida á la anterior colocando á su padre á la cabeza, y empleando en los destinos tanto civiles como militares á las personas conocidamente patriotas, reduciendo así á

una completa nulidad al Presidente Conde Ruiz, y descubriendo el velo que cubría á la suspirada independendencia. El Conde Ruiz se retiró á vivir en la Recoleta de Mercedarios, y los demás empleados españoles procuraron salvarse por la fuga; entre ellos el Oidor Fuertes, y el Administrador de Correos Vergara, tomaron reservadamente el camino de Mainas con el objeto de embarcarse en el Marañón para irse á España: sabiendo la Junta de su permanencia en el pueblo de Papallacta, hasta encontrar guías que los condujesen en la montaña, mandó á D. Manuel Gómez Latorre con algunos soldados para que los prendiesen. En efecto Gómez Latorre los condujo prisioneros, y al acercarse á la ciudad, en el ejido fué asaltado por un motín de indios carniceros que se apoderaron de los dos españoles y los mataron á palos inmediatamente, conduciendo después, arrastrados los cadáveres, hasta la plaza mayor como trofeos del triunfo que habían conseguido. Se dijo entonces, y aún se escribe por el apasionado escritor Torrente, que D. Nicolás Peña fué quien sedujo á los indios para que cometiesen este atentado, y asegura que el Jefe de la escolta Gómez Latorre no hizo el menor esfuerzo para salvarlos, por interés de apropiarse de 30 ó 40 mil pesos que Vergara tenía en las bolsas de su pellón en onzas de oro y alhajas, y que este joven murió desesperado por los remordimientos de su conciencia, perseguido por las sombras de aquellas víctimas. Yo no soy capaz de creer que personas de tan buen nacimiento y educación hayan abrigado en su pecho pasiones tan vergonzosas.

Entre tanto Arredondo, sabiendo el nuevo incremento que había tomado la revolución en Quito, reunió unos seiscientos ó setecientos hombres, y ocupó el asiento de Guaranda, y se puso en comunicaciones con D. Carlos Montúfar, que á la sazón se hallaba en Ambato. Mandó á D. Joaquín Villalba comisionado hasta Quito para que persuadiese á los individuos de la Junta la deposición de las armas. El pueblo repetidas veces intentó asesinarlo, de modo que si no hubiera estado alojado en la casa de D. Pedro Montúfar, donde le hicieron guardar prisión, habría sido víctima del furor popular. Arredondo sabiendo la prisión de su comisionado, mandó nuevamente al Coronel Vejarano, quien luego que estuvo en Quito, desplegó sus ideas liberales y se asoció á los insurgentes, con

lo que se concluyó el año de 810, en cuya época levantaron el estandarte de la libertad Caracas y Santafé, bajo la dirección de Nariño, del General Miranda, y de Simón Bolívar, de este hombre extraordinario, de ese genio superior á los Alejandro, Washingtons y Bonapartes, de este joven singular creado por la Providencia para dar libertad á cinco Repúblicas, para abatir el orgullo español, y para hacer ver al mundo, todo, que los americanos quisieron ser libres y lo son, á esfuerzos de su propio valor y constancia, y que nunca más serán esclavos de ninguna testa coronada, extranjera, opresora y déspota por derechos de conquista, tan reprobados por las naciones cultas y por el derecho de gentes.

(Continuará).



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

